

menos estrambóticas; y sería por de contado obra más cristiana no sacar a los incautos, con pretexto de ciencia, seis pesetas por cada uno de esos volúmenes de desatinados hiperbólicos que circulan como la última palabra de la ciencia. No hemos de discutir aquí si con ella adelantaría o no el saber; pero lo que sí damos desde luego por seguro es que no pocos bibliófilos se alegrarían entonces de pagar seis pesetas por un tomo de desatinos viejos.

JOAQUIN SANCHEZ DE TOCA

SATANAS ENTRE LOS BIOGRAFOS

EXTRACTO

Al mencionar a Satanás, no me refiero al espíritu del mal en cuanto anda dando vueltas como un león rugiente. Me refiero a Satanás como aparece en el prólogo del libro de *Job*. Es el adversario, el individuo que presenta el lado opuesto de la cuestión. Cuando los hijos de Dios se reunieron, el adversario se encontraba en medio de ellos. Formaba parte de la asamblea, pero ocupaba el banco de la oposición. Proponía preguntas que se le habían ocurrido en sus correrías por la tierra. Sus funciones consistían en rebatir opiniones generalmente aceptadas. *Job*, es un ejemplo. Todos le consideraban hombre tan recto como próspero. Mas, ¿lo era, en verdad? Satanás sugirió un análisis de su carácter. Arrebatemos a *Job* su prosperidad y veamos en qué queda su rectitud.

Pues bien; ese espíritu de crítica se ha infiltrado en los biógrafos. Solía darse por sentado que el tono de una biografía debía ser encomiástico. «Elogiemos a los hombres famosos y a los padres que nos engen-

draron,» dice la Sagrada Escritura. Esto indica cuán estrechamente se relaciona la biografía con la genealogía. El texto se transforma a menudo en: «Elogiemos a los padres que nos engendraron, y si tenemos habilidad literaria suficiente podremos hacerlos famosos.»

Los biógrafos han sido, por lo general, individuos modestos y han gozado de escasa apreciación en círculos académicos. De suerte que hay innumerables profesores de historia, antigua y moderna; pero cuando cierta universidad de Minnesota estableció un curso de biografía, el título parecía tener cierto dejo extraño. El mundo educativo ha seguido el ejemplo de la naturaleza, tan cuidadosa de la especie, tan descuidada del individuo.

Ha surgido, empero, una nueva escuela de biografía, y es interesante compararla con la antigua. La gran diferencia reside en la actitud del biógrafo con respecto al sujeto. La actitud del antiguo biógrafo era la del pintor a quien se ha encargado hacer el retrato de algún hombre eminente. Desea pintar un retrato parecido y tan vívido como sea posible, pero tiene que guardar las convenciones. El pintor está limitado francamente al exterior y sólo puede descubrir del carácter aquello que revela el aspecto. De igual manera el biógrafo veíase francamente limitado al exterior. Podían relatarse las acciones y palabras del gran hombre, pero sus pensamientos podían sólo adivinarse. La mente de cada individuo era su fortaleza y tenía aposentos privados en los cuales se negaba al público el derecho de intrusión. Una persona inquisitiva podía asomarse a las ventanas del alma, dada la oportunidad; pero esto era lo más que lograba avanzar. Era necesariamente un observador superficial.

Recientemente, el biógrafo se ha hecho más osado y, en vez de asomarse, fuerza las barreras y escudriña

el interior. Este método se califica de «penetración.» No solamente le vemos analizar los impulsos conscientes sino penetrar hasta las regiones más remotas de la inconsciencia. Le vemos arrojar los rayos de su reflector sobre motivos ocultos aun a los amigos más íntimos. Es la edad de los rayos X, y los matices del carácter humano no pueden escapar a los métodos de investigación. El biógrafo trata de mostrarnos la mente de un hombre conforme aparece contemplada desde el interior. Cómo logra él introducirse es asunto suyo y no nuestro.

Comparemos el *Gladstone* de John Morley con la *Queen Victoria* de Mr. Strachey. Morley trata su asunto con toda seriedad. Gladstone era un gran hombre, y lo sabía, como también lo sabían todos los demás. Vivió en un período trascendental, y fue parte importante de aquel período. Morley era un amigo suyo que siguió su carrera con interés respetuoso. Estaba en situación de conocer gran número de hechos. Pero no penetró al interior. Nos da muchos detalles; mas el resultado final es que nos sentimos mirando a Gladstone, pero no dentro de Gladstone. Sabemos lo que dijo y lo que hizo y sabemos de qué manera interpretaba su amigo Morley sus palabras y acciones; pero solamente podemos adivinar sus motivos ulteriores. Vemos las conclusiones a que arribaba, pero no el proceso mental completo mediante el cual se desarrollaban. Mr. Gladstone nos aparece siempre revestido de toda su indumentaria y en perfecta lucidez de espíritu. Si tenía intervalos oscuros, no figuran éstos en la narración. En cuanto a explorar los rincones inconscientes de la mente de Gladstone, habría significado tanto para su amigo como escudriñar la despensa de su huésped sin solicitar permiso. ¿Qué pensaba Gladstone cuando no arribaba al público o preparaba algún discurso? El bió-

grafo contestaría: «Eso no le importa a usted ni a mí tampoco.»

Estudemos, en cambio, la deliciosa biografía de la reina Victoria, escrita por Mr. Strachey. Nos sorprende. Tenemos la conciencia de una nueva sensación. Decir que el libro es interesante sería elogio muy débil. Es fascinador. Hé allí una biografía en que todas las imperfecciones e inconsecuencias están quintaesenciadas. Cogemos el verdadero espíritu.

No es que penetremos detrás de bastidores a fuer de concurrente ordinario al teatro a quien se brindara esta novel experiencia para que vea cómo se desarrollan las cosas al otro lado del telón. Nos sentimos entre bastidores con la misma sensación que puede experimentar el dramaturgo que es al mismo tiempo director de su escenario. Nos sentimos poseídos hasta cierto punto del íntimo conocimiento de la manera en que deberían disponerse las luces para obtener los mejores efectos. No tenemos ilusiones; pero esto mismo nos permite observar con interés intelectual más intenso el desarrollo de la pieza.

Vemos a la reina Victoria, no como la contemplaban sus súbditos, llenos de admiración y de ideas supersticiosas acerca de la realeza, sino como se hubiera visto ella misma, de ser tan sagaz como nosotros. La revelación tiene todo el encanto que pudiera tener una autobiografía, si alguien fuera capaz de hablar sin vanidad y libremente de sí propio.

Mr. Strachey nos da una autobiografía de Victoria, escrita por alguien que la penetró íntimamente. Revélase allí la conciencia de sus deficiencias y un frío análisis de sus virtudes burguesas. Simpatizamos con sus esfuerzos para vivir de acuerdo con su elevada posición. Observamos sus triunfos y admiramos su intrepidez. Cuando comete errores reconocemos que se da plena

cuenta de ello. Sus decisiones son sagaces por lo general. Los nuevos problemas del día la dejan algo perpleja, pero no más de lo que desconciertan a sus consejeros constitucionales. Es un tipo de la vida real, y la conocemos de la misma manera que conocemos a Bcky Sharp (1) y a Mrs. Proudie (2). Sentimos que no solamente sabemos lo que hizo, sino el móvil a que obedeció al hacerlo. Sabemos también por qué no hizo más. Es porque no estaba en su temperamento el hacer más. Y su medio se adaptaba exactamente a su personalidad. Comprendemos que no fue mera coincidencia que floreciera en la época victoriana.

En *Eminent Victorians*, Mr. Strachey invirtió los métodos usados por escritores como Walter Scott. Aquellos autores tomaban algún famoso personaje histórico, dejando libre vuelo a su fantasía en torno del héroe elegido. El resultado fue la novela histórica o novela fundada en hechos.

Mr. Strachey toma personajes históricos bien conocidos de la última generación, tales como Arnold de Rubgy, el cardenal Manning, el general Gordon y Florencia Nightingale (3), y nos muestra que en poco tiempo han llegado a ser algo más que famosas figuras históricas de novela. Todo individuo tiene su propio

(1) Rebeca Sharp, uno de los principales personajes, vívidamente descritos de la novela *Vanity Fair*, de Thackeray.

(2) Personaje famoso que figura en muchas novelas de Anthony Trollope, escritor inglés.

(3) (1820-1906). Famosa por sus obras filantrópicas. Consegóse a inspeccionar las escuelas y hospitales de Inglaterra y más tarde de toda Europa, decidiendo al cabo hacerse enfermera de hospital. Es especialmente célebre por sus nobles servicios en Scutari, durante la guerra de Crimea. Fue autora de muchos libros sobre higiene y salubridad pública, y fundadora de la Nightingale Home, establecimiento para la instrucción de enfermeras en Saint Thomas's Hospital.

romance, y sus amigos y enemigos contribuyen a producir algo enteramente distinto de la realidad. La biografía ordinaria es, por consiguiente, poco más que una serie de hechos fundados en una ficción. El problema, por lo tanto, no reside simplemente en examinar de nuevo los hechos, sino en disponerlos de manera que digan la historia verdadera y no den una idea falsa de la realidad. El biógrafo es como el cajista. Necesita primero distribuir el tipo y armarlo en seguida otra vez para formar nuevas palabras y frases.

Ningún santo del calendario tiene leyenda más firmemente establecida y autorizada que Florencia Nightingale. No solamente conocía el público sus acciones, sino que estaba convencido de saber qué clase de persona era. Era la dama con la antorcha, el dulce ángel de consuelo que recorrió uno a uno los hospitales de Crimea. Era la mujer que había dado un toque de piedad femenina a la guerra.

Mr. Strachey no cambia los lineamientos de la historia. Esto es asunto de testimonio histórico. Florencia Nightingale hizo todo aquello y más de lo que se nos ha enseñado a creer. Pero el autor la presenta bajo un aspecto totalmente diferente.

El matiz femenino cede el puesto a una vigorosa personalidad. Florencia Nightingale era de la madera de que se hacen los políticos eminentes y los grandes jefes de industrias. Aparece como una persona formidable, de modales bruscos, de verbo irritable a menudo, terror de los malvados y, más todavía, terror de los bien intencionados incapaces. Era una persona obstinada, neurasténica, de antipatías intensas, y con quien no era agradable vivir; pero lograba que las cosas se hicieran.

Había nacido en una familia opulenta. Quería vivir a su modo, pero jamás estaba completamente segura del género de vida que habría de satisfacerla. Aquello

produjo innumerables molestias a su familia, que nunca supo qué hacer con Florencia o, mejor dicho, lo que Florencia les permitiría hacer por ella.

Cuando le propusieron matrimonio, escribe: «Las ideas y sentimientos que tengo ahora son los mismos que recuerdo desde que contaba seis años. Siempre he sentido que me era esencial alguna profesión, alguna industria, alguna ocupación forzosa que absorba y emplee todas mis facultades. Lo he ensayado todo: viajes por el extranjero, amigos afectuosos, todo. ¡Dios mío! ¿qué vendrá a ser de mí?»

Por entonces sobrevino la guerra de Crimea con el trastorno consiguiente del servicio de hospitales. Florencia Nightingale había descubierto al cabo su carrera, que demostró ser una carrera gloriosa. Conquistó allí fama inmortal.

Terminada la guerra, Florencia tuvo cincuenta años de salud delicada, a través de los cuales conservó su personalidad enérgica y pugnaz. Casi hasta sus últimos días rehusó adornarse del aura de heroísmo en que el público la contemplaba y continuó prestando fiel y ásperamente sus servicios humanitarios. La biografía nos hace comprender que Florencia Nightingale amaba a sus semejantes, pero no con los sentimientos afectuosos que una persona dispensa a los amigos que le son simpáticos. Florencia amaba a la humanidad como una persona de conciencia puede amar a sus enemigos. «A veces tenía accesos terribles de ira,» dice Mr. Strachey. «La intolerable trivialidad de la gente la desesperaba, haciéndola rechinar los dientes.»

Este es un triunfo de reconstrucción biográfica. Florencia Nightingale nos aparece tan noble y magnánima como la conocíamos, pero con virtudes de estilo muy diferente.

II

Se ofrece otra oportunidad tentadora para el estudio científico de los personajes que se han conquistado un puesto en la historia. Todos ellos han sufrido, poco más o menos de alguna dolencia, y han tenido «síntomas» de una y otra clase. Un médico norteamericano nos ha dado una serie de volúmenes titulada *Biographic Clinics*.

Mr. Frederick Chamberlin ha escrito un extenso libro sobre *The Private Character of Queen Elizabeth*. Defiende allí a Isabel de los cargos hechos por sus enemigos, pero la defensa resulta en detrimento del romance que circula en torno de su nombre. Se la discute como si fuera una paciente externa del hospital general. Como primera providencia se estudia, naturalmente, la historia de su familia. En seguida vienen sesenta páginas sobre la historia médica de Isabel Tódor.

El escritor es sumamente concienzudo, y dice: «Los casos se han enumerado por orden cronológico, acompañando la edad de Isabel con la fecha en que se presentaron. Hemos tratado de confinar en grupos cada enfermedad o dolencia.» Durante su larga vida tuvo la reina un número considerable de indisposiciones. No se nos ahorra un solo detalle. A continuación del minucioso boletín de salud siguen veinticinco páginas de «Opiniones de médicos expertos.» Mr. Chamberlin, que no es médico de profesión, presentó a los consultores más eminentes los datos que había coleccionado, con el objeto de indagar las enfermedades que, en su opinión, habría sufrido la reina Isabel.

Algunos contestaron en términos ambiguos. Uno de ellos dice que haría un diagnóstico perfecto si pudiera examinar personalmente a la enferma, cosa imposible, por separarlo de ella un período de trescientos

*Clinics
Biographic*

años. Otro doctor opina primero que una enfermedad que tuvo Isabel, a la edad de dieciocho años, fue una forma aguda de inflamación de hígado. «Pero,» añade, «apenas parece posible que un sujeto atacado de hepatitis de forma tan aguda pudiera vivir hasta cerca de los setenta.» Por consiguiente, se inclina a la teoría de que el caso fue «endocarditis aguda y regurgitación mitral»; y agrega, con la ingenuidad característica del hombre de ciencia: «La misma objeción de la longevidad podría también aplicarse a esta diagnosis.»

La patología moderna puede arrojar alguna luz sobre ciertos personajes históricos, pero uno comprende que hay sus limitaciones. No solamente encuentran difícil los médicos modernos hacer una diagnosis completa cuando el paciente ha estado muerto por trescientos años, sino que encuentran difícil guardar la elevada norma de la ética profesional cuando hablan de los galenos de otras épocas.

Así Sir Clifford, refiriéndose a los doctores que atendieron a la reina Isabel, dice: «Mi impresión es que en el siglo décimo sexto la medicina estaba por debajo de todo vilipendio. En el tiempo de la reina Isabel, Clowes hizo algo, y tal vez Lowe; pero realmente toda la ciencia médica de algún valor se hallaba en Italia, y sólo estudiando en Italia podían saber algo nuestros doctores. Unos cuantos lo hicieron así, por supuesto. El resto no era sino un montón de galenistas y charlatanes obtusos.»

Esto es duro hasta cierto punto, viniendo de un consultor del siglo veinte a quien se pedía opinión sobre un caso que perteneció a los médicos del siglo dieciséis. El hecho de que aquellos médicos mantuvieran viva por cerca de setenta años a una paciente a quien los modernos Hipócrates hubieran desahuciado a los veinte, merece alguna consideración.

Estoy dispuesto a admitir que las investigaciones patológicas pueden servir al biógrafo; pero todo tiene su límite. En esta esfera la patología puede ser buena criada, pero es mala patrona. Lo mismo cabe decir de la psicología. El psicólogo es en su esfera una persona modesta y laboriosa. El progreso de toda ciencia dentro de su propio terreno se efectúa siempre con lentitud. Si alguien ha de obtener resultados, necesita trabajar en tal sentido y compartir sus descubrimientos con los demás.

III

Hay una línea divisoria entre las ciencias, que ofrece campo abierto a las aventuras. El osado habitante de la frontera puede hacer una incursión, en compañía de algunos compañeros alegres, y regresar con botín. Los psiquiatros y psicoanalistas han invadido por fuerza el campo de la biografía y están ahora empeñados en consolidar sus conquistas. La biografía es un campo particularmente seductor. El análisis psicológico demanda mucho tiempo y paciencia cuando se trata de un viviente; pero analizar psicológicamente a los personajes históricos y estudiar sus complejos impulsos y represiones y conflictos constituye un agradable pasatiempo. Nadie puede contradecir las deducciones.

Los esbozos de un carácter en que el hombre aparece con un solo rasgo son interesantes, pero se marcan con relieve más vigoroso cuando solamente conocemos un incidente aislado. Algunos de los personajes más familiares de *la Biblia* son conocidos únicamente por alguna frase casual o un simple gesto. «Galión no hacía caso de nada de eso,» dicen los *Hechos de los Apóstoles*. Generaciones de predicadores han reputado a Galión como un ejemplo del pecado de indiferencia.

Era hombre de aquellos que, si viviera al presente, descuidaría sus deberes religiosos y olvidaría inscribirse para las elecciones. Pero, ¿era Galión efectivamente hombre de esta clase? Todo lo que sabemos acerca de este magistrado romano es que desechó un caso sobre el cual no tenía jurisdicción y que tampoco le interesaba especialmente. Si hubiéramos podido observarle cualquier otro día, quizá habríamos cambiado de opinión.

El nombre de Ananías se ha usado como sinónimo de embustero habitual. Pero el texto sagrado no lo acusa sino de una sola mentira.

Cuando este método se aplica a personas bien conocidas habrá siempre muchas razones para dudar. ¿Cómo podemos tener la certeza de que el talentoso escritor haya dado con la clave verdadera del carácter que intenta revelarnos?

En *Mirrors of Downing Street* (Espejos de Downing Street), en *Painted windows* (Ventanas pintadas), y en *Uncensored celebrities* (Celebidades indiscutidas), encontramos interesantes estudios de carácter. Tenemos instantáneas de estadistas y prelados distinguidos; pero, ¿penetramos realmente el pensamiento de tales personas? Y si lo hiciéramos, estaríamos tan adelantados como suponemos?

Estudemos esta cuestión en cuanto se refiere a Mr. Lloyd George. El escritor, hablando del súbito cambio de frente del estadista, pregunta: «¿Cómo puede explicarse que el más decidido pacifista de un gabinete pacifista y liberal, el hombre que seis semanas antes había iniciado una apasionada cruzada en contra de los armamentos, votara por la guerra el funesto 4 de agosto de 1914?»

Ahora bien; me aventuro a declarar que ningún biógrafo, provisto de los últimos instrumentos de psicológica precisión para explorar los rincones más recón-

ditos de la mente de Mr. Lloyd George, pero ignorando los tremendos eventos de aquellos tumultuosos días, sería capaz de dar respuesta positiva a esta cuestión.

El analista de la mente de Mr. Lloyd George dice: «Está siempre más dispuesto a obrar que a pensar. Para él, la presente oscilación del reloj tiene toda la trascendencia de lo eterno. Si el pensamiento fuera una enfermedad, él sería el más sano de los hombres. Mientras más recomiende una política, menos puede confiarse en que habrá de seguirla.»

Es un análisis ingenioso, pero se impone la pregunta: ¿Cómo está el escritor tan al corriente de lo que pasa en la mente de Mr. Lloyd George? ¿Quién asegura que no piense éste rápidamente mientras actúa con tal intensidad? Y ¿por qué no ha de ser suficientemente razonado su criterio sobre cuestiones del momento? Concedamos que cambiara de política rápidamente; ¿cambiaba acaso con más rapidez que las circunstancias que había de afrontar? Concedamos que no llevó sus ideas a una lógica conclusión. En medio de las tremendas fuerzas que contendían en el mundo, ¿podía llevarse algo a una lógica conclusión? Hay motivo para dudarlo honradamente.

Está bien que el biógrafo aguce su ingenio valiéndose de la psicología, pero no debe permitir que una fórmula se substituya al individuo. Hay que desconfiar de los psicólogos rígidos, acogiéndonos a los biógrafos, antiguos y modernos, que pertenecen a la escuela humanista. En sus páginas vemos desplegarse irregularmente los caracteres bajo la presión de las circunstancias. No podemos decir lo que es capaz de hacer una persona hasta que lo hace; y aun entonces no estamos siempre seguros de conocer todas sus razones. No hay programa establecido. Acontecimientos inesperados surgen de continuo poniendo en juego fuerzas que no contábamos.

Nos vemos obligados a modificar nuestra primera impresión tanto respecto del hombre como de su época. Mientras más se observa a un individuo más individualidad se le encuentra. Adquiere menor significación como símbolo y despierta mayor interés como personalidad.

Allí está, por ejemplo, el *Catón* de Plutarco. No se intenta analizar su carácter ni explicar sus idiosincrasias. Le vemos exactamente conforme era. No corresponde a fórmula alguna. Es simplemente Catón.

Catón tenía ojos grises y cabello rojo. Era un hombre que se había formado por sí mismo. Trabajaba afanosamente, y gustábase usar vestidos viejos cuando estaba en el campo. Era aficionado a los nabos y a las berzas. Era muy económico, y cuando sus esclavos comenzaron a envejecer los vendió para evitar la depreciación de su propiedad. Desdefiaba la lisonja, pero no tenía reparo en alabarse a sí mismo. Agradábanle chistes mordaces. Era orador popular y buen soldado. Cuando fue nombrado cuestor, estableció un impuesto especial sobre los artículos de lujo; cortó las cañerías a favor de las cuales extraían fraudulentamente los opulentos dueños de casa el agua de las fuentes públicas; redujo el tipo de interés en préstamos, y se condujo con tan insolente rectitud que toda la gente de alta posición se *declaró* en contra suya.

Todos estos incidentes se refieren a la vida exterior de Catón. Plutarco se contenta con exponerlas acompañados de la observación: «Si estas cosas revelan grandeza o mezquindad de pensamiento, júzguelo por sí mismo el lector.» Sin embargo hacen aparecer muy real ante nosotros al romano de cabellos rojos. Le conocemos del mismo modo que conocemos a nuestros contemporáneos. Si cayéramos en Roma un día de elecciones y nos dijeran que la consigna era «¡Cualquier

cosa, con tal de derrotar al viejo Catón!» nos sentiríamos en terreno conocido. Probablemente votaríamos por Catón, para arrepentirnos pasadas las elecciones.

La biografía no puede reducirse a ciencia, pero puede elevarse convirtiéndose en la más hermosa de las artes: el arte de reproducir no solamente los incidentes de la vida de un grande hombre, sino la impresión que hacía en aquellos que mejor le conocieron.

SAMUEL MC. CHORD CROTHERS

(De *Inter-América*)

VALIOSO OBSEQUIO

Bogotá, agosto 17 de 1923

Señor Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.
E. L. C.

Monseñor:

Tengo el gusto de poner a la disposición de S. S., para la Biblioteca del Colegio, un ejemplar de la *Historia Romana* por Tito Livio, en diez y siete volúmenes empastados, la cual prestará mejores servicios allí que en mi pobre y escasa biblioteca.

Ruego a S. S. el favor de aceptar esta pequeña muestra del cariño que al venerable Instituto le profesa el último de sus consiliarios, y me suscribo de S. S. su adicto y obsecuente servidor,

MANUEL JOSE BARON

Bogotá, agosto 19 de 1923

Señor doctor don Manuel José Barón.—E. L. C.

He recibido la carta de usted de fecha 17 de los corrientes junto con el ejemplar en 17 volúmenes de las obras de Tito Livio que usted generosamente ha destinado a la biblioteca del Colegio del Rosario.